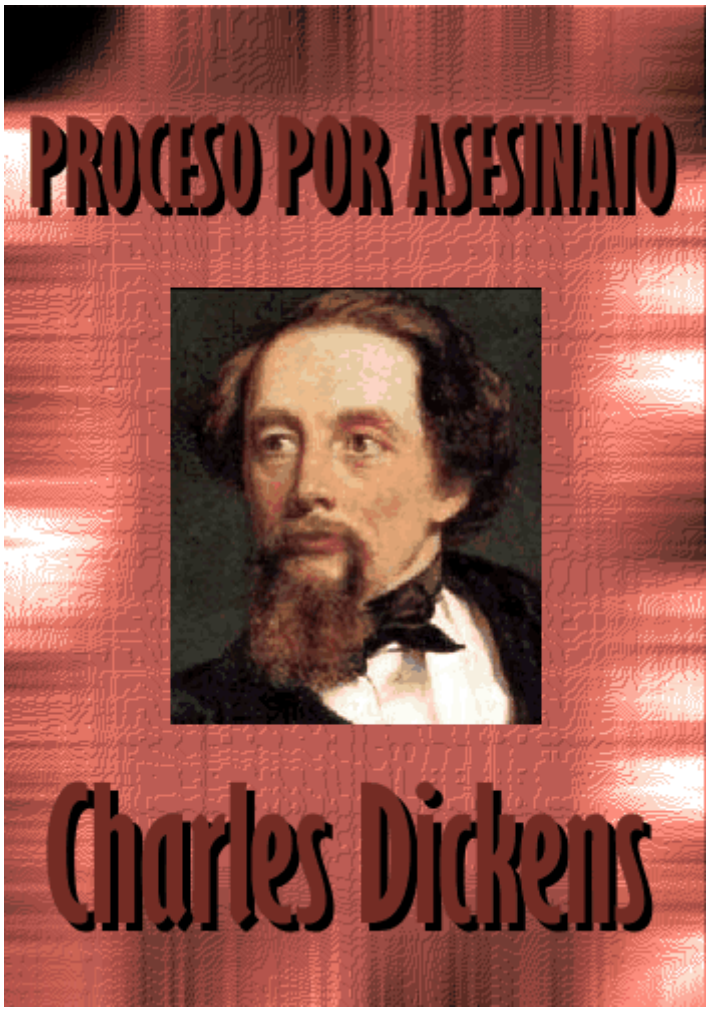
LIBRO dot.com

PROCESO POR ASESINATO

Charles Dickens



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

He notado siempre una falta de valor muy preponderante, incluso en personas de inteligencia y cultura superiores, para comentar las experiencias psicológicas propias cuando han sido de índole extraña. Casi todos los hombres temen que lo relatado en tal línea carezca de paralelo o respuesta en la vida interna del oyente, y pudiera provocar suspicacias o risas. Un viajero veraz, que hubiera visto alguna criatura extraordinaria del tipo de una serpiente marina, ningún miedo sentiría de mencionarlo; pero ese mismo viajero, tras algún presentimiento, impulso, extravagancia del pensamiento, visión (por así llamarla), sueño u otra impresión mental sobresaliente y singular, dudaría considerablemente antes de aceptar haberla tenido. Atribuyo a tal reticencia gran parte del silencio que rodea a esos temas. No es habitual que comuniquemos nuestras experiencias con esos acontecimientos subjetivos como lo hacemos con nuestras experiencias de origen objetivo. Es consecuencia de esto que el fondo general de experiencias habidas en ese campo aparezca como excepcional (y que en realidad lo sea), en el sentido de presentarse lamentablemente imperfecto.

En lo que estoy por relatar ninguna intención tengo de proponer una teoría cualquiera, oponerme a ella o darle apoyo. Conozco la historia del librero de Berlín, estudié el caso de la esposa del finado astrónomo real, según relato de sir David Brewster, y he seguido en sus menores detalles el caso mucho más notable de la ilusión espectral, ocurrido en el círculo privado de mis amigos. En lo que toca a esto último, quizás sea necesario aclarar que la víctima (una dama) en ningún grado, no importa cuán remoto, era mi pariente. Una suposición errónea al respecto pudiera sugerir una explicación para una parte de mi caso —aunque sólo para una parte—, explicación que del todo carecería de fundamento. No se le puede relacionar con alguna peculiaridad heredada, ni tampoco tuve jamás experiencia similar y jamás a partir de entonces volví a tener otra.

No viene al caso precisar hace cuántos años, sean muchos o pocos, se cometió en Inglaterra un crimen que atrajo mucho la atención. Es suficiente lo que oímos de asesinos que en sucesión alcanzan un lugar de execrable eminencia, y con gusto, de poderlo hacer, enterraría toda memoria de este ser brutal en lo específico, tal como su cuerpo se halla enterrado en la cárcel de Newgate. De propósito me abstengo de dar cualquier indicio sobre la identidad de este asesino.

Al descubrirse el crimen, ninguna sospecha cayó —o más bien debiera decir, porque conviene ser muy preciso en los hechos, que en ningún sitio se insinuó públicamente que cayera sospecha alguna— sobre el hombre que más tarde fue llevado a juicio. Como por entonces ninguna referencia acerca de él se hizo en la prensa, obviamente resulta imposible que en aquel tiempo se diera en los periódicos su descripción. Es esencial que se recuerde este hecho.

Al abrir, durante el desayuno, mi periódico matutino, donde se daba razón de aquel descubrimiento, encontré el caso muy interesante y leí todo con suma atención. Y lo leí dos veces, si no es que tres. El descubrimiento ocurrió en un dormitorio y, cuando dejé a un lado el periódico, tuve un destello, un amago, un flujo, un no sé cómo llamarlo —pues ninguna palabra que conozca es lo bastante descriptiva— en que me pareció ver que el dormitorio pasaba a lo ancho de mi habitación, como un cuadro imposiblemente pintado sobre un río

en movimiento. Aunque casi instantáneo en su aparición, fue muy claro; tan claro que con toda nitidez, y con una sensación de alivio, observé que el cadáver no estaba sobre la cama.

No fue un lugar romántico aquél en el que tuve esta sensación curiosa, sino en ciertas habitaciones de Piccadilly, casi en la esquina con la calle Saint James. Se trató de algo totalmente nuevo para mí. Estaba en mi sillón, y la sensación vino acompañada de un temblor peculiar, que desplazó al mueble de su lugar. (Aunque debe comentarse que el sillón se mueve con facilidad debido a sus ruedecillas). Me acerqué a una de las ventanas (hay dos en la habitación, que está en un segundo piso) para descansar los ojos en los objetos que por Piccadilly pasaban. Era una clara mañana de otoño, y la calle se veía brillante y alegre. Había un viento fuerte; cuando miraba hacia afuera, trajo desde el parque un cierto número de hojas secas, que una ráfaga tomó e hizo girar en una columna. Al cesar el viento y dispersarse las hojas, vi a dos hombres en la acera opuesta, que iban del oeste al este, uno detrás del otro. El de adelante miraba a menudo por encima del hombro. El segundo lo seguía, a unos treinta pasos de distancia, con la mano derecha levantada en gesto amenazador. Al principio, la singularidad y constancia de aquel gesto, en un lugar tan público, atrajeron mi atención; luego, la circunstancia incluso más sorprendente de que nadie hiciera caso. Ambos hombres se abrían paso entre los transeúntes con una facilidad que difícilmente se adecuaba al acto mismo de caminar por un pavimento. Ninguna criatura, hasta donde me era posible comprobarlo, se hacía a un lado, los tocaba o los seguía con la vista. Al pasar ante mi ventana, los dos me miraron. Distinguí sus rostros con toda nitidez, y supe que los reconocería en cualquier sitio. No que hubiera notado conscientemente algo de peculiar en ellos, excepto que el primer hombre tenía un desusado gesto de preocupación y la cara de quien lo seguía el color de la cera impura.

Soy soltero; mi ayuda de cámara y su esposa componen todo mi servicio doméstico. Trabajo en una sucursal bancaria, y ojalá que los deberes como cabeza de mi departamento fueran tan ligeros como popularmente se supone. Por culpa de ellos me hallaba en la ciudad aquel otoño, cuando tanto necesitaba un cambio. No estaba enfermo, pero tampoco me sentía bien. Mis lectores deducirán lo más que deducir puedan razonablemente de aquella sensación de saciedad, de aquel estado de depresión porque sentía llevar una vida monótona y por encontrarme "ligeramente dispéptico". Mi médico, profesionista de renombre, asegura que mi estado real de salud en aquellos momentos no justifica una descripción más severa, y cito de la respuesta enviada por escrito cuando le solicité información.

Según se fueron descubriendo las circunstancias del crimen, éste se posesionó cada vez con mayor firmeza del interés público, pero lo mantuve alejado de mi mente, enterándome de ellas lo menos posible en medio de aquella excitación universal. Supe, sin embargo, que contra el sospechoso del crimen se había dictado una acusación de asesinato premeditado, y que se lo había enviado a Newgate para procesarlo. También supe que en una sesión de la Corte Criminal Central se había pospuesto el juicio con base en la existencia de un prejuicio general y porque la defensa no había tenido tiempo de prepararse. Quizás incluso haya sabido, aunque no lo creo, la fecha cierta o aproximada en que se llevarían a cabo las sesiones dedicadas al juicio.

Mi sala de estar, mi dormitorio y mi vestidor se encuentran en el mismo piso. No puede llegarse al último sino a través del dormitorio. Cierto que en él hay una puerta, en tiempos empleada para llegar a la escalera; pero —desde hace algunos años— la cruzan varias instalaciones relacionadas con mi cuarto de baño. Por aquel entonces, y como parte del mismo arreglo, clavaron y tapiaron la puerta.

Una noche, ya tarde, estaba en mi dormitorio dándole ciertas instrucciones a mi sirviente antes de que se retirara. Daba yo la cara a la única puerta de comunicación con el vestidor, que se encontraba cerrada. Mi sirviente estaba de espaldas a ella. Mientras hablaba con él, vi que la abrían y un hombre se asomaba y, de modo muy encarecido y misterioso, me llamaba con un ademán. Era el segundo de los dos que pasaran por Piccadilly, aquél con un rostro color de cera impura.

Terminado el ademán, la figura desapareció, cerrando la puerta. Sin mayor dilación que la necesaria para cruzar el dormitorio, abrí la puerta del vestidor y miré adentro. Llevaba en la mano una bujía encendida. En mi interior no esperaba ver aquella figura allí, y no la vi.

Consciente de que mi criado me miraba con asombro, me volví hacia él y dije...

—¿Podrías creerme, Derrick, que ahora mismo, y en mis cabales, creí ver...

Al tiempo que ponía mi mano sobre su pecho, lo sentí temblar violentamente, y me contestó:

—¡Ah, por Dios, señor, sí! ¡Un hombre muerto llamando con un gesto!

Ahora bien, no creí que John Derrick, mi fiel y adicto sirviente por más de veinte años, tuviera impresión alguna de haber visto tal figura hasta que lo toqué. Al hacerlo fue tan sorprendente el cambio en él ocurrido, que ninguna duda tengo que en ese momento mismo, y de alguna manera oculta, obtuvo de mí aquella impresión.

Le pedí que trajera brandy, le di un trago y con alegría tomé otro yo mismo. De lo ocurrido antes del fenómeno presenciado aquella noche ni una palabra le dije. Al reflexionar, quedé absolutamente convencido de que nunca antes, excepto por la ocasión en Piccadilly, había visto esa cara. Al comparar su expresión cuando me llamaba desde la puerta con la otra cuando me miró estando yo a la ventana, llegué a la conclusión de que, en la primera ocasión, había buscado quedar en mi memoria, asegurándose en la segunda de que lo recordaría de inmediato.

No pasé una noche muy tranquila, aunque tenía la certidumbre, difícil de explicar, de que la figura no volvería. Hacia el amanecer caí en un sueño profundo, del que me despertó John Derrick al ponerme en la mano una hoja de papel.

Al parecer, ese papel había sido motivo de un altercado ocurrido a la puerta entre el mensajero y mi sirviente. Era un citatorio para que me presentara, como jurado, en las próximas sesiones de la Corte Criminal Central, en Old Bailey. Jamás antes me habían citado en tal calidad, como bien lo sabía John Derrick. Creía —y sigo sin saber con cuánta razón o sin ella— que la costumbre era elegir ese tipo de jurados entre personas menos calificadas que yo en lo social, y de principio me había rehusado a aceptar el citatorio. El hombre encargado de traerlo se tomó las cosas con mucha tranquilidad. Dijo

Librodot

que en nada le incumbía mi asistencia o mi ausencia; allí estaba el citatorio y la decisión que yo tomara a mí me afectaría, no a él.

Por uno o dos días estuve indeciso si responder al llamado o pasarlo por alto. Ninguna conciencia tenía de que hubiera la más ligera presión, influencia o atracción en una u otra dirección. Estoy tan seguro de ello como de cualquier otra afirmación aquí hecha. Al final de cuentas decidí ir, para romper la monotonía de mi vida.

La fecha señalada era una cruda mañana de noviembre. Había en Piccadilly una densa bruma parda que, al este de Temple Bar, se volvió definitivamente negra y de lo más opresiva. Encontré los pasillos y las escaleras de la corte brillantemente alumbrados con luces de gas y la corte iluminada de igual manera. *Creo* que, hasta no verme conducido por los funcionarios a la Old Court y verla atiborrada, no supe que se juzgaría al Asesino, aquel día. *Creo* que, hasta no entrar con dificultades considerables en ella, no supe en cuál de las dos cortes dispuestas me tocaba actuar. Pero no debe tomarse esto como una afirmación definitiva, pues en mi mente no estoy del todo satisfecho respecto a ninguno de esos puntos.

Me senté en el lugar destinado a los jurados en espera, y miré a mi alrededor hasta donde me lo permitía la densa nube de niebla y aliento condensado que allí había. Me di cuenta del negro vapor que, como una cortina lóbrega, colgaba por fuera de las grandes ventanas, y me di cuenta del apagado rumor de ruedas sobre la paja o la casca dispersada por la calle; también noté el murmullo de la gente reunida allí, murmullo en ocasiones roto por un silbido agudo o por una canción o grito más fuerte que los demás. Poco después entraron los jueces, dos de ellos, y ocuparon sus lugares. Se acalló impresionantemente el bisbiseo de la sala. Se dieron órdenes de traer al Asesino. Apareció éste. En el acto reconocí en él al primero de los dos hombres que pasaron por Piccadilly.

De haberse pronunciado entonces mi nombre, dudo que hubiera podido responder en voz audible. Pero lo mencionaron en sexto u octavo lugar, y para entonces pude decir: "¡Presente!" Ahora bien, atiendan a esto. Cuando pasé al estrado de jurados el prisionero, que había estado observándolo todo con atención, pero sin señales de preocupación, se agitó violentamente y llamó a su abogado. Su deseo de rechazarme como jurado era tan evidente, que provocó una pausa, durante la cual el defensor, con la mano en la barra, estuvo hablando en voz baja con su cliente y sacudiendo la cabeza. Más tarde supe de ese caballero que las primeras palabras de pánico dichas por el prisionero habían sido: "¡A toda costa rechace ese jurado!" Pero no se hizo así, pues el prisionero carecía de razones para pedirlo y admitió no conocer ni siquiera mi nombre hasta no oírlo pronunciar allí y verme aparecer.

Tanto por los motivos ya explicados, que deseo evitar revivir la malsana memoria de aquel Asesino, como porque de ninguna manera es indispensable a mi relato una explicación detallada de aquel largo juicio, me limitaré en gran medida a los incidentes ocurridos los diez días y noches que nosotros, los del jurado, estuvimos juntos, directamente relacionados con mi extraña y personal experiencia. Es en ésta que deseo interesar a mis lectores, no en el Asesino. Es para ella, y no para una página de *The Newgate Calendar* que solicito atención.

Se me eligió presidente del jurado. La segunda mañana del juicio, tras dos horas de haberse estado tomando declaraciones (escuché sonar el reloj de la iglesia), al pasear la vista por mis compañeros tropecé con una inexplicable dificultad al contarlos. Lo hice varias veces, siempre con el mismo tropiezo: en pocas palabras, había uno de más.

Toqué al jurado cuyo lugar estaba junto al mío y le susurré:

—Hágame el favor de contarnos.

Pareció sorprendido por la petición, pero volvió la cabeza y contó.

—¡Caramba —dijo de pronto—, somos tre... Pero no, eso es imposible. No, somos doce!

De acuerdo con mis cálculos de aquel día, siempre éramos el número correcto contados en lo individual, y sin embargo, siempre resultaba uno de más vistos en grupo. No había ninguna presencia —ninguna figura— que explicara aquello; pero tenía yo el presentimiento de la figura que con toda seguridad aparecería.

El jurado estaba alojado en la London Tavern. Todos dormíamos en una habitación grande, en camas separadas, y siempre estábamos al cuidado y bajo la vigilancia del oficial encargado de nuestra seguridad. No veo razón para ocultar el nombre verdadero de ese funcionario, quien era una persona inteligente, sumamente cortés, servicial y (me alegré enteramente de ello) muy respetada en la ciudad. Era de presencia agradable, vista aguda, negras y envidiables patillas y una voz sonora y modulada. Se llamaba Harker.

Cuando por la noche nos metíamos en nuestras doce camas, la del señor Harker quedaba atravesada en la puerta. La noche del segundo día, no sintiendo deseos de acostarme y viendo al señor Harker sentado en su cama, me puse a su lado y le ofrecí un pellizco de rapé. En el momento mismo en que, al tomar el rapé de mi caja, su mano tocó la mía, pasó por él un temblor extraño y dijo: "¿Y quién es aquél?"

Al seguir la mirada del señor Harker a lo largo de la habitación, vi la figura que esperaba: el segundo de los dos hombres que pasaron por Piccadilly. Me levanté y avance unos pasos. Luego me detuve y me volví hacia Harker. Nada le preocupaba ya, reía y dijo de modo placentero:

—Por un momento creí que teníamos un decimotercer jurado sin cama. Pero veo que fue la luna.

Sin revelarle nada, pero invitándolo a caminar conmigo hasta el otro extremo de la habitación, observé lo que hacía la figura. Se detuvo por unos instantes a la cabecera de cada uno de mis once compañeros de jurado. Siempre iba al lado derecho de la cama, y siempre pasaba a la siguiente cruzando por los pies. Parecía, dado el movimiento de la cabeza, simplemente mirar pensativa a cada una de las figuras yacentes. Ningún caso me hizo y ninguna atención prestó a mi cama que era la más cercana a la del señor Harker. Pareció salir por donde la luna entraba, a través de una ventana elevada, como si subiera por una escalera aérea.

Al día siguiente, durante el desayuno, pareció que todos los presentes, excepto el señor Harker y yo mismo, hubieran soñado la noche anterior con el hombre asesinado.

Me sentí entonces tan convencido de que el segundo hombre que pasara por Piccadilly era el asesinado (por así decirlo), como si su testimonio directo me lo

hubiera hecho comprender. Pero incluso esto último vino a suceder, y de un modo para el cual no me encontraba preparado.

En el quinto día del juicio, cuando el fiscal estaba por cerrar su presentación del caso, se trajo como prueba una miniatura del asesinado, cuya falta se notó en la habitación de éste al descubrirse el crimen y que, más tarde, apareció en un escondite donde se había visto al Asesino cavar. Identificada por el testigo sujeto a examen, pasó luego al tribunal y después al jurado, para su inspección. Cuando un funcionario en toga negra se encaminaba a mí, de la multitud surgió con ímpetu la figura del segundo hombre que había pasado por Piccadilly, tomó la miniatura de manos del funcionario y me la dio con las suyas propias, diciéndome a la vez con tono grave y hueco, antes de que pudiera yo ver la miniatura, que estaba en un medallón:

—*Era más joven entonces, y mi rostro no estaba exangüe.*

La figura se interpuso asimismo entre mí y el jurado a quien habría pasado la miniatura, y entre él y el jurado a quien la habría pasado, y así con todos los allí sentados, hasta que la miniatura volvió a mi posesión. Sin embargo, ninguno de ellos notó lo sucedido.

A la hora de comer, y por lo general cuando nos encontrábamos encerrados juntos bajo la custodia del señor Harker, desde el comienzo habíamos comentado mucho, como era natural, los sucesos del día. Aquella quinta jornada, cerrado el caso por parte del fiscal y teniendo ante nosotros su perspectiva en forma cabal, nuestra plática fue bastante más animada y grave. Entre nosotros estaba un sacristán —el idiota más cerrado que en el mundo haya visto suelto—, quien respondía a las pruebas más claras de comprender con las objeciones menos pertinentes, y a quien hacían coro dos blanduzcos parásitos de parroquia. Los tres habían sido elegidos para jurados en un distrito tan asolado por la fiebre, que deberían haber estado sujetos a juicio culpados de quinientos asesinatos. Cuando estos cabezas de chorlito malévolos discutían con mayor fuerza, hacia aquello de la medianoche, y mientras algunos de nosotros nos preparábamos para meternos en cama, volví a ver al asesinado. Permanecía con aire torvo detrás de ellos, llamándome con un ademán. En cuanto me acerqué e intervine en la conversación, de inmediato se retiró. Fue aquello el comienzo de una serie de apariciones separadas, que se limitó a la gran habitación en la cual *estábamos* confinados. En cuanto un grupo de mis compañeros unían sus cabezas para hablar, allí veía la del asesinado. En cuanto, al comparar notas, parecían ir en contra suya, solemne e irresistiblemente me llamaba con un gesto.

Se recordará que hasta la presentación de la miniatura, en el quinto día del juicio, nunca había visto a la Aparición en la corte. Tres cambios ocurrieron cuando la defensa comenzó a presentar su caso. Mencionaré primero dos de ellos juntos. La figura no aparecía en la corte continuamente, y nunca se dirigió entonces a mí, sino siempre a la persona que en ese momento estuviera hablando. Por ejemplo, habían cortado de uno a otro lado el cuello del asesinado. En la intervención con que abrió la defensa se sugirió que el propio difunto se había cortado la garganta. Justo en ese instante la figura, con el cuello en aquella terrible condición descrita (y que hasta entonces había ocultado), se detuvo al lado de quien hablaba, indicando la herida con un movimiento de uno a otro lado de su gaznate, unas veces con la mano derecha

Librodot

y otras con la mano izquierda, sugiriendo vigorosamente al hablante la imposibilidad de hacerse tal herida con alguna de las dos manos. He aquí otro ejemplo: una mujer, llamada para testimoniar sobre el carácter del prisionero, declaró que era éste el hombre más bondadoso del mundo. En aquel instante mismo la figura se detuvo frente a ella, la miró de lleno a la cara y, con brazo extendido y dedo indicador, señaló la fisonomía malévola del prisionero.

El tercer cambio, del que ahora paso a hablar, me impresionó como el más notable y sorprendente de los tres. No elucubraré al respecto; lo describiré con precisión y no haré más. Aunque aquéllos a quienes se dirigía la Aparición no la percibían, su proximidad a esas personas provocaba invariablemente en ellas algún signo de perturbación. Me parecía que leyes a las cuales no me veía sujeto le impedían revelarse plenamente a otros y, pese a ello, que podía entrar en sus mentes invisible, muda y oscuramente. Cuando el representante principal de la defensa sugirió la hipótesis de un suicidio y la figura se puso al lado de este erudito caballero, serruchando con gesto espantoso su cortado cuello, es indudable que el abogado titubeó en su elocución, perdió por unos segundos el hilo de su ingenioso discurso, se limpió la frente con el pañuelo y se puso sumamente pálido. Cuando la mujer que testimoniara sobre el carácter del acusado quedó frente a la Aparición, no hay duda de que su vista siguió la dirección indicada por el dedo y se posó con grandes titubeos e inquietudes sobre el rostro del prisionero. Bastarán dos ejemplos más. El octavo día del juicio, tras la pausa que diariamente se nos concedía a principios de la tarde, para que tuviéramos unos minutos de descanso y refresco, volví a la corte con el resto del jurado unos minutos antes de regresar los jueces. De pie en nuestro lugar y mirando a mi alrededor, pensé que la figura no se encontraba allí, hasta que, al levantar por casualidad la vista hacia la galería, la vi inclinada hacia adelante, apoyada sobre una mujer de aspecto muy honesto, como tratando de averiguar si los jueces estaban ya en su lugar. Casi de inmediato la mujer lanzó un grito, se desmayó y fue conducida fuera. Lo mismo ocurrió con el venerable, sagaz y paciente juez que dirigía el juicio. Terminada la presentación del caso, cuando preparaba sus papeles para resumir la situación, el asesinado, entrando por la puerta de jueces, avanzó hasta el escritorio de su señoría y miró ansiosamente, por encima del hombro, a las páginas de notas que el juez leía. En el rostro de éste ocurrió un cambio; su mano se detuvo; por él pasó aquel temblor que tan bien conocía yo; balbuceó entonces: "Perdónenme por unos momentos, caballeros; estoy un poco mareado por lo viciado del aire." Y no se recobró hasta haber bebido un vaso de agua.

A todo lo largo de la monotonía de seis de aquellos diez días interminables —los mismos jueces y otros más en la tribuna, el mismo Asesino en el banquillo de acusados, los mismos abogados a la mesa, el mismo tono en las preguntas y respuestas que subían hasta el cielo raso de la corte, el mismo arañar de la pluma del juez, los mismos ujieres entrando y saliendo, las mismas luces encendidas a la misma hora cuando no había ya luz natural, la misma cortina de niebla por fuera de las grandes ventanas cuando estaba nublado, el mismo golpeteo y goteo de la lluvia en días lluviosos, las mismas huellas de carceleros y prisioneros día tras día sobre el mismo aserrín, las mismas llaves abriendo y cerrando las mismas puertas pesadas—, a todo lo largo de aquella monotonía

tediosa que me hacía sentir como si hubiera sido presidente del jurado por un vasto lapso, que Piccadilly había florecido a la par que Babilonia, el asesinado jamás perdió a mis ojos lo más mínimo de nitidez; tampoco fue nunca menos nítido que los demás. No debo omitir, como hecho ocurrido, que ni una sola vez vi a la Aparición, a la que he dado el nombre de Asesinado, mirar al Asesino. Una y otra ocasión me pregunté: "¿Por qué no lo hace?" Nunca sucedió.

Tampoco volvió a mirarme, una vez presentada la miniatura, hasta los minutos finales del juicio. Faltando siete minutos para las diez de la noche, nos retiramos a deliberar. El sacristán idiota y sus dos parásitos nos dieron tantos problemas, que dos veces regresamos a la sala para pedir que se volvieran a leer ciertas partes de las notas del juez. Ninguna duda teníamos nueve de nosotros respecto a esos párrafos; tampoco la tenía, creo yo, nadie de la sala; sin embargo, aquel triunvirato de badulaques, sin más idea que la de obstaculizarlo todo, los objetaban por esa misma razón. Por fin logramos imponernos y el jurado volvió a la corte a las doce y diez.

En aquel momento el Asesinado se encontraba al otro lado de la corte, justo frente a la tribuna del jurado. Al colocarme en mi lugar, sus ojos se posaron en mí con gran atención; parecía satisfecho y lentamente extendió por encima de su cabeza y todo el cuerpo un gran velo gris, que por primera vez llevaba en el brazo. Al anunciar yo el veredicto de "culpable" el velo se derrumbó, todo desaparecía y el lugar quedaba vacío.

El Asesino al preguntar el juez, de acuerdo con la costumbre, si tenía algo que decir antes de escuchar su sentencia de muerte, sin claridad ninguna murmuró algo que, a la mañana siguiente, los principales diarios describieron como "unas cuantas palabras divagadoras, incoherentes y audibles a medias, en las que pareció quejarse de no haber tenido un juicio imparcial, pues el presidente del jurado estaba predispuesto en su contra". Sin embargo, he aquí la sorprendente declaración que en verdad hizo: "Su Señoría, me supe un hombre condenado cuando el presidente del jurado llegó a la tribuna. Su Señoría, supe entonces que no me dejaría escapar porque, antes de que me apresaran, de alguna manera llegó hasta mi cabecera durante la noche, me despertó y puso alrededor de mi cuello una soga."